

LA ABUELA

Estrella de Mar

–¡Juana Muñoz Muñoz, toma tu frazada! A las 6 de la mañana es la ducha y es obli-ga-ción tomarla. ¿Entendido? –gritó la sub-oficial haciendo hincapié en lo de la ducha. El desayuno es a las 7 y... ¡pórtate bien!

–Como si yo estuviera en edad de armar camorra. –pensó Juana-

La anciana suspiraba y a ratos, en voz bajita, tarareaba su canción, la que había interpretado tantas veces en sus correrías por la vida...” En la vida hay amores que nunca, pueden olvidarse...” Ella no conocía la libertad. Al menos, lo que ella tenía en su cabeza como una vida libre. Quizás en su juventud...quizás...pero tampoco. Y de pronto, sólo sintió que la vida le debía un cambio, por todas las cadenas que había arrastrado desde su niñez. Dentro de toda su tristeza, necesitaba un estallido, algo que hiciera reventar los recuerdos, los abusos, su propia siembra que estaba dando estos frutos tan amargos. Juana Muñoz, a sus 71 años, apretaba los ojos, y hacía girar en sus manos un pañuelo multicolor con el cual a ratos se secaba el rostro. No filosofaba acerca de lo que sentía. No sabía hacerlo. Sólo lo sentía en el pecho. Su respiración se entrecortaba, dentro de esa celda lúgubre. Más allá otras compañeras de desgracia, la observaban y cuchicheaban con un dejo de lástima. Esas compañeras, eran como aquellas con las que había compartido su trabajo de toda la vida. Ella deseaba una amiga. Alguien a quién contarle sus secretos, sin que la juzgara.

Estrella de Mar

–Aquí vine a parar, después de todo. ¿Qué vendrá ahora? –cavilaba–

En Concepción, Pamela recientemente se había titulado de Abogada. Era la hija mayor de Jorge y Silvia. Sabía que sus padres la tenían desde los dos años de edad; que la habían ido a buscar a Calama. Ellos le habían contado que su mamá biológica estaba muy mal cuando ella nació, y que para salvarla del hambre y del frío, había sido tan generosa que decidió darla en adopción. Pamela vivió rodeada de tanto amor, que aun cuando nacieron sus otros dos hermanos, no sintió celos, sino que esperaba con impaciencia que crecieran para poder jugar con ellos.

En Antofagasta, Juana Muñoz era conocida como “la abuela”. De joven había ejercido como prostituta en varios burdeles. Además, cantaba. Ella decía que era “artista de variedades”, porque un productor la había llevado de gira por varios países de Latinoamérica, y su caballito de batalla era “Inolvidable”, de Tito Rodríguez. Cuando la cantaba, pensaba en el único amor que la hizo soñar, pero que al final se acobardó para juntarse a vivir con ella. Se notaba que había sido hermosa, aun cuando los pliegues de su rostro eran surcos ennegrecidos por el humo de los innumerables cigarrillos que se llevaba a los labios cada día y cada madrugada. Su voz enronquecida por el tabaco y por el tiempo, era inconfundible a la hora de anunciar que la comida estaba lista. “La abuela” ya no ejercía como “niña del ambiente”. Por tener tantos años en el cuerpo, la habían desterrado de los escenarios y de los lechos en donde practicaban ese amor que no es amor. Ahora Juana, “la abuela” era la cocinera del burdel.

Estrella de Mar

Era extraño que Pamela no sintiera curiosidad por conocer más profundamente acerca de su origen, al igual que la mayoría de los seres humanos. Ella fue, eso que llaman una niña muy dulce, cosa que al principio sorprendió a sus padres, ya que cuando decidieron postular a una adopción, les pintaron un cuadro difícil, en donde ellos tendrían que afrontar consecuencias de traumas, vulneraciones y abandonos. Con Pamela no fue así. En la adolescencia sí estuvo algo complicada, con amores no correspondidos, con amigas envidiosas, y por algún tiempo también odió que sus padres le exigieran tanta responsabilidad. Pero nada era insalvable.

Fue un día martes del mes de julio, en el burdel. “La abuela” denotaba un gran cansancio. Ese día, luego de poner las ollas en el fuego, se sentó a tomar un poco de té, y se durmió en la banca apoyada en el palo en donde colgaban las sartenes y los paños de cocina. Juana soñaba con su juventud y cada vez se fue hundiendo más y más en el sueño, porque la noche anterior se había desvelado pensando en sus hijos que se habían ido a Argentina, y en su hija menor que había seguido sus pasos, pero que había emigrado a Calama. ¡Cómo hubiese querido que su hija menor también estuviera en Argentina con sus otros hijos! Era muy linda. Le recordaba a ella, cuando joven. Por lo mismo, y viviendo en donde vivían, no fue difícil adivinar que se dedicaría a lo mismo que practicó su madre desde adolescente. Juana la aconsejó, la castigó, la encerró, pero no hubo caso.

–Juana, levántate, -gritó Boris, el proxeneta-, ¡hasta cuándo *vai* a dormir, vieja inmunda!

Estrella de Mar

El salto que dio la abuela, hizo caer las sartenes. La comida se estaba quemando.

¡¡ Te voy a descontar dos días de tu paga esta semana, por floja!!

Boris se había levantado más enojado que nunca, porque una de “sus niñas” se había escapado de la casa.

-Cállate, cafiche, alharaco estúpido, -gritó la abuela. Pero el fornido abusador le dio un bofetón que le hizo sangrar la nariz. No era la primera vez y ya Juana estaba cansada. Recordó sus años de gloria, en donde era solicitada por señores de primera –como decían ahí-, y sus giras como “artista de variedades”. Recordó el día en que, llorando, colgó los trajes de plumas y lentejuelas, para instalar un delantal de cocina en su cuerpo gastado. Recordó a Manuel, el único hombre por el cual habría dejado todo, pero que no se atrevió a llevarla consigo, por miedo a que no dejara su costumbre de meterse en la cama de otros hombres. “¡Qué vida tan desgraciada!” –caviló- “Uno no piensa que la juventud dure tan poco”. Pensaba, mientras trasvasijaba la comida tratando de salvarla del fondo quemado, para no cocinar de nuevo. Juana pasó el día en silencio, meditando en la forma de librarse de la esclavitud a la que se sentía sometida. El odio por Boris no la dejaba pensar en otra cosa.

-Papá, mamá, -gritaba Pamela- lo logré. Tengo el cargo en la Defensoría de Antofagasta –decía, feliz- Los padres trataron de disimular su pena, sonriendo y abrazándola. En el fondo les preocupaba que ella trabajara precisamente en Antofagasta, región hasta donde ellos habían viajado a buscarla hacía 24 años. Pero igualmente confiaban en su buen criterio, puesto que nunca le ocultaron cuál

Estrella de Mar

era su origen, y la Institución que gestionó su adopción, siempre estuvo dispuesta a entregar sus antecedentes. Ella supo el nombre de su madre biológica: Inés Muñoz. Pero no se interesó por saber más.

Su jefe en la Defensoría le dio la bienvenida y a los dos días, le asignó su primer caso: Un delito de homicidio, cuya autora era una cocinera a la que llamaban “la abuela”. Pamela la visitó en el Centro Penitenciario Femenino (CPF). La anciana estaba muy callada. Su rostro demacrado y su mirada perdida le causaron tal impresión, que tuvo que hacer un esfuerzo por disimular el nudo de su garganta cuando tuvo que hablar con ella.

–Señora Juana, buenos días. Soy Pamela, su abogada defensora. –La abuela movió su cabeza de arriba abajo, sin decir palabras- ¿Puede contarme cómo fueron las cosas? ¿Cómo pasó todo?

Juana le dijo: “Señorita, ya *pa´qué*. El Boris bien muerto es que está ese *desgraciao*. Ud. no sabe cómo nos trataba a todas. Nos golpeaba, nos robaba la plata...”

–Si, señora Juana –argumentó Pamela-, pero podríamos apelar a la defensa propia, porque en el expediente figura que hay testigos que declaran que él era un violento, que las golpeaba, en fin...

–Mire señorita, Ud. quiere que yo salga libre. ¿Y *pa´qué* digo yo? Allá no me van a recibir de nuevo *pa´cocinar*. ¿Dónde voy a trabajar? Mis hijos no están acá. No me

Estrella de Mar

van a ayudar... *Chis...* A mi hijo René y a mi hija Rosario, les doy vergüenza. Ni siquiera he recibido una cartita de ellos en años. Y mi hija que vive en Calama, quizás a ella le importe un poco. En fin... ¿Qué le parece si lo dejamos así no más? Como yo soy vieja, acá las otras no me tratan mal. Al contrario... Acá también soy “la abuela”. ¿Me podría dar un puchito?

Ambas conversaron mucho. La anciana le habló de sus hijos, de su historia, de por qué siempre cantaba calladita “en la vida hay amores...”. Pamela la visitó muchas veces en dos semanas, llevándole cigarrillos y confites. La anciana le confidenció varios de sus secretos, y aunque ella comenzó a afectarse por los relatos de “la abuela”, pensó que quizás eso era justamente el incentivo para poner todo su empeño por sacarla del penal. Pidió consejo a su jefe, quién le dio indicaciones técnicas y psicológicas, de acuerdo a su experiencia, para enfrentar el caso.

Dos días antes de la 1ª. Audiencia, Pamela llegó al recinto penal, y el Psicólogo de Gendarmería la llamó a su oficina.

–Fue todo muy rápido, -espetó con parsimonia-. La abuela sufrió un paro cardíaco en la madrugada y falleció mientras dormía. Temprano, había dejado esto para Ud. –le pasó un papel doblado en cuatro y pegado con cinta, que decía: Para mi hija Inés Muñoz, Boite “El Sol”, Calama.

Pamela sintió una explosión en su pecho. Caminando de vuelta a la oficina, entre lágrimas pensó para sí: “Al fin fuiste libre, abuela”. –

FIN